

MUJER Y SEXUALIDAD MULTIFUNCIONAL EN *CRIMEN LEGAL* DE ALEJANDRO SAWA

ÓSCAR CASADO DÍAZ

La narrativa del siglo XIX se muestra especialmente fértil para un análisis de las desigualdades genéricas, al cubrir un período histórico liminal en el que la toma de conciencia sobre la situación que vive la mujer empieza a ser manifiesta. En este contexto histórico, la desigualdad de género y la explotación de los trabajadores y las trabajadoras serán las irritantes sombras de una ya consolidada luminosa *civilización burguesa*. La mujer sería “una de las principales víctimas de aquella sociedad corrupta y opresora que le impide realizarse en toda su potencialidad, y que la obliga a la prostitución y al servilismo por herencia biológica y ambiental” (Puebla, 2006: 175). La mujer decimonónica, en efecto, permanece encerrada en el dilema proudhiano que la reduce a “ama de casa o cortesana”, fácilmente reconocible en la narrativa de ese período (Bizcarrondo, 1984: 138). En la sociedad de la Restauración se construye el género como una estrategia de poder desde la cual, entrelazándose con el recurrente concepto de lo natural, se transforma al sujeto femenino en un ser paciente, encadenado al hogar y a unos objetivos meramente reproductivos.¹ A través del examen de las novelas producidas en ese momento histórico, se puede “concretar cuál es la función social atribuida a la mujer y cómo se van entretejiendo los distintos elementos que determinan las actitudes, modelos de vida y, en

¹ Esta visión, aun siendo la mayoritaria, no es la única. Existe otra visión liberal que se aleja de la conservadora y que, aún con resabios falocentristas, concibe a la mujer como “sujeto productivo” que excede los roles familiares y domésticos (Colom y Sureda, 1990: 104-111).

resumen, de la educación, que se considera ha de recibir la mujer” (Mínguez, 1990: 245).

Dentro de esta línea, *Crimen legal* resulta especialmente significativa. Esta novela de Alejandro Sawa publicada en 1986 revela la situación que vive la mujer en la sociedad española de finales del siglo XIX. Si bien la intención predominante de la novela despliega una crítica a la burguesía de la época y al catolicismo imperante, lo cierto es que, al mismo tiempo, se convierte en el reflejo de una sociedad donde la mujer es objeto de un trato arbitrario y marginal por razón de su sexo. Esta intencionalidad ya la observamos en la narrativa de la segunda mitad del XIX, donde “La mujer, que había acaparado el protagonismo de las obras realistas, se convierte en el personaje por excelencia de la novela zolesca” (Fernández, 1996b: 81). Desde una estética naturalista, que posibilita el acercamiento a un contenido sexualmente controvertido y escabroso, la obra disecciona los aspectos más sórdidos de la realidad decimonónica, utilizando instrumentos que le son propios a su perspectiva formal: el determinismo biológico, atávico y ambiental; la animalización de los personajes; el gusto por lo feo y lo repugnante; elementos físicos y fisiológicos, etc.² La novela se convierte en lugar de experimentación, donde la novela “médico-social” pone a prueba hipótesis científicas y sociológicas, y donde “la cuestión social se mezcla con la cuestión sexual” (Fernández, 1996b: 83); se trata de una sólida disección de una sociedad enferma, que prescindirá de la moderación y del decoro propios del realismo.³ A través de ese naturalismo “consciente y

² “Los naturalistas radicales cultivan la estética de la fealdad y el tremendismo como expresión de un nuevo sistema de valores artísticos que legitiman aspectos de la realidad hasta entonces marginados en la literatura, y pretenden conmocionar y escarnecer la conciencia lectora” (Fernández, “El Naturalismo radical”, 754). Mercedes Etreros cuestiona la existencia de un movimiento naturalista en España, donde la influencia del naturalismo francés se percibe en una tendencia que se refleja, especialmente, en la década de 1880. De hecho, plantea que las ideas de Zola nunca llegarán a asimilarse completamente; sin embargo, algunos novelistas adoptarán los aspectos polémicos más externos: el erotismo y el feísmo (Etreros, 1997; Correa, 1993; Villanueva, Sobejano y Lissorgues, 2001; Fernández, 1996c).

³ “A través de un caso clínico humano, la novela médico-social pretende analizar la sociedad como un organismo vivo aquejado de graves males: la prostitución, la teocracia, la injusticia y la adulteración de las leyes de la naturaleza por los hipócritas códigos de conducta social” (Fernández, 1996d: 754). “La novelística de Sawa se inscribe en el programa de naturalismo que, bien entendido, lleva el propósito ético-social de investigar la sociedad, de avanzar cada día en el análisis del hombre sometido a la acción biológica y del medio para llegar al mejoramiento

buscado” (Correa, 1993: 55), Alejandro Sawa romperá, junto con otros naturalistas “radicales”, el pudor sexual que domina la narrativa realista española del siglo XIX, ilustrando de una manera detallada y precisa las relaciones sexuales que se producen en la privacidad matrimonial y extramatrimonial de los protagonistas.⁴

Crimen legal gira en torno a la realización de un asesinato en el ámbito del matrimonio. Ricardo, enamorado de una prostituta, decide asesinar a su esposa, Rafaela, aprovechando el peligro que ella corre si queda embarazada, pues, a causa de una distocia ósea, el parto le resultaría mortal.⁵ La intención de la novela, en primer término, está ligada a una crítica de clase; de hecho, el ámbito donde se desarrolla la mayor parte de la narración es propiamente burgués. La necesidad de marcar desde el principio la clase social de los personajes se evidencia en las primeras páginas por medio de la retrospectiva de Juan, el padre de Ricardo. A través de una digresión, el lector es informado de los orígenes humildes de Juan, criado en una familia pobre de la Galicia rural, su marcha a Madrid en busca de fortuna, las dificultades iniciales hasta encontrar trabajo de hortería y cómo, posteriormente, gracias a su destreza mercantil y a la habilidad para el desfalco, consigue establecerse en su propio comercio (68-75). Tras esa reconstrucción vital del pasado del personaje, desaparece de la novela cualquier preocupación económica que afecte tanto al matrimonio de Juan como al futuro matrimonio de su hijo. En efecto, a pesar de que Ricardo no desempeñe ninguna actividad laboral en el transcurso de la historia, no encuentra ningún inconveniente económico para comprar, amueblar ostentosamente la casa de su amante, y mantener tanto ésta

social. La novela viene a ser corolario de las ciencias sociales. En la novela se analizan casos, se estudian documentos humanos” (Paolini, 1983: 391).

⁴ Los escritores del naturalismo español “erigieron la cuestión sexual como el primer objetivo novelesco, en el que resulta una pieza clave y obsesiva el tema de la prostitución” (Fernández, 199: 72). El naturalismo de Sawa presenta rasgos particulares, especialmente al mezclarse con un romanticismo exasperado (Correa, 1993). Al mismo tiempo, en la narrativa naturalista es fácil encontrar elementos latentes de la novela gótica, la novela erótica y el folletín (Puebla, 2006). Mercedes Etreros clasifica las novelas naturalistas de López Bago, Zahonero y Sawa como eróticas, caracterizadas por la exaltación de la ciencia experimental, la defensa del determinismo positivista y las abundantes descripciones que se complacen en el feísmo, a lo que se une el anticlericalismo exacerbado y el ataque a la sociedad de clases (Etreros, 1977: 112).

⁵ Las referencias a la novela son de la edición de Jean-Claude Mbarga en *Libertarias* (Sawa, 1999) que reproduce la edición original de Juan Muñoz y Compañía, editada en Madrid en 1886.

como el hogar donde reside su esposa. La novela en ningún momento explica la procedencia del capital de Ricardo, de lo que resulta fácil deducir que su situación económica deriva de la de su padre.⁶ La importancia que presenta para la historia esa solvencia de Ricardo consiste en desligar del crimen toda motivación económica y evidenciar la degradación de la clase social a la que pertenece; de ahí que el cambio de estatus de Juan, de campesino pobre y hortera a burgués acomodado, sea crucial en la interpretación de la novela, pues la crítica la de clase está ligada a la cuestión moral que se contempla en el crimen.

El asesinato de Rafaela por su marido no puede entenderse como un hecho aislado y puntual que sólo afecte al ámbito individual; está inmerso en una situación social que lo posibilita e, incluso, lo ampara.⁷ La sociedad española de la Restauración, representada por la sociedad propiamente madrileña en la novela, está caracterizada por el predominio masculino en todos sus ámbitos. El patriarcado es avalado desde instituciones políticas y religiosas que son utilizadas como baluartes del falocentrismo. En este contexto, las relaciones de género se traducen en relaciones desiguales de poder que conducen a una subordinación de la mujer y a su desaparición deliberada de la esfera pública y oficial.⁸ Nos situamos así ante una masculinidad que se construye en oposición a la feminidad, que genera una relación jerárquica de poder entre hombres y mujeres como grupos diferenciados (Kandiyoti, 1994: 198-199).

En este sentido, resultan especialmente significativas las críticas que recibe la Iglesia en la novela, al presentarse como una institución obsoleta, intransigente y opuesta al desarrollo científico, lo cual queda manifiesto en el caso del primer médico que asiste a la parturienta, el doctor Nieto, quien hace depender la medicina de sus convicciones católicas. Su actitud ante las complicaciones que presenta el parto de Rafaela provoca reacciones airadas del narrador: “El doctor Nieto aguardaba allí el *primer tiempo* del parto, para realizar su misión

⁶ La situación de Ricardo recuerda, en muchos aspectos, la de Juanito Santacruz en una cronológicamente cercana *Fortunata y Jacinta*.

⁷ También hay que observarlo dentro de la proliferación en la época de la *scientia sexualis* en detrimento del *ars erotica* (Foucault, 2006a), que los naturalistas utilizan como “materia novelesca” (Fernández, 1994: 245).

⁸ Apunta Foucault que “la sexualidad es algo de lo que no puede prescindir ningún sistema moderno de poder” (Foucault, 2006b: 166).

odiosa de católico” (104);⁹ “El procedimiento que recomienda el catolicismo, sediento de sangre, enamorado perdidamente de la muerte; el catolicismo, que todavía no está harto de víctimas” (105); “pero la Iglesia no prohíbe el bárbaro asesinato de la mujer que va a parir” (108). De este modo la Iglesia refuerza la masculinidad hegemónica, ejerciendo una presión social por medio de las ideas religiosas que inculca a sus fieles.¹⁰

En la sociedad española del siglo XIX se percibe una clara asimetría entre sexos originada, principalmente, por la capacidad reproductiva de la mujer. Siendo ésta una de las causas y el medio por el cual la mujer de Ricardo va a ser asesinada, se cumple en la novela el axioma antropológico que afirma la necesidad masculina de controlar la capacidad sexual y reproductiva de las mujeres (Burbank, 1995); idea fundamental en el desarrollo de la novela, pero también en las lecturas feministas de la historia de la opresión femenina (Beauvoir, 2001: I, 196). Los roles y los ámbitos de actuación están segregados por el sexo, de tal manera que existe una diferenciación clara de roles en detrimento del sexo femenino.¹¹ El ámbito de la vida pública queda, de este modo, restringida a los hombres, dotados de mayor independencia y libertad respecto a la familia que las mujeres. Esto se ve reflejado y favorecido por la legislación, que determina, junto con la negación del sufragio femenino, que “tampoco la mujer podía ser admitida a las funciones de gobierno, ni a los empleos públicos, salvo casos excepcionales. No podía ser Diputado ni Concejal”, ni Juez, ni Ministra, ni funcionaria de la Administración Central (Sole, 1990: 7-8).

Un claro ejemplo de lo mencionado puede observarse en la fiesta que ofrece Juan por la concepción de su nuera, cuando mujeres y hombres se separan tras la cena: “ellas hablando de chismes y de

⁹ Para Pura Fernández el enfrentamiento entre Iglesia y Ciencia ocupa uno de los lugares predominantes en la novela (Fernández, 1994: 188; 1996d: 757).

¹⁰ Para el concepto de masculinidad hegemónica véase el artículo de Bonino Méndez (Bonino, 2002); para el anticlericalismo como una de las constantes que presenta la producción naturalista de Alejandro Sawa es interesante observar las opiniones de Amelina Correa (Correa, 1993: 172); para la postura de la Iglesia a través del discurso religioso en la Restauración, las de Rufina Revuelta (Revuelta, 1990).

¹¹ Señala Pura Fernández que “la mujer –su naturaleza psicofisiológica y su situación social– constituye el eje de la novela de los naturalistas radicales, donde se presenta como una víctima sometida, bien a la tiranía del sexo masculino, bien a la de su propio organismo enfermo” (Fernández, 1996b: 86)

trapos, y ellos de porquerías eróticas y de planes y combinaciones políticas, cada uno según sus gustos sus aficiones” (91). La división por géneros y las respectivas diferencias en las temáticas de las conversaciones son el reflejo directo de los diferentes ámbitos de actuación social y cultural de la segregación genérica.¹² Frente a las mujeres, los hombres muestran abiertamente una permisiva sexualidad fuera de la institución del matrimonio al hacer un repaso de las últimas noticias en los burdeles por ellos frecuentados —”renovación de personal, escándalos y fiestas de “cuatro días seguidos”“— (92); a la vez, sus opiniones sobre el malestar de los obreros contrastan con las conversaciones femeninas, las cuales se restringen al ámbito personal e íntimo, apartadas de cuestiones sociales “de importancia”.

La diferencia en las formas de vida de hombres y mujeres también se observa en la actuación concreta de los personajes de la novela. Ricardo, mientras que su esposa se recupera del parto, se ausenta del hogar para ir al café. En este acto evasivo, su casa aparece denominada como “hospital” y “presidio”; aseverando que es preferible “la separación” o “el grillete” antes que permanecer por más tiempo en aquella habitación semejante a la sala de un hospital (124). Más adelante, cuando Ricardo apenas permanezca en su casa, salvo para comer y dormir, a causa de la obsesión que siente por su amante, Noemi, Rafaela se mantendrá condenada en casa, sin ninguna posibilidad de evasión o escapatoria. Es evidente que, en la reclusión femenina, intervienen presiones sociales que determinan lo que una mujer puede hacer o no sin que sea rechazada. Una sociedad donde impera la condición subyugada de la mujer observa moralmente pernicioso cualquier acto que viole las imposiciones consuetudinarias. El hombre escapa con facilidad a un control conyugal, y sus actuaciones son valoradas por la sociedad con grandes márgenes de permisividad. Sin embargo, la mujer permanece reprimida en el ámbito claustrofóbico que tanto el matrimonio como la sociedad le imponen, quedando confinada al “anonimato” del ámbito doméstico (Woolf, 2005: 148).

La total ausencia de la mujer en la vida pública está determinada por la específica especialización social de los roles de género. En este sentido, para la mujer sólo se valoran aquellos roles que se circunscriben al matrimonio y que requieren la necesaria y

¹² Obsérvese la crítica que realiza Simone Beauvoir de la vestimenta y aspecto femenino como una más de las manifestaciones de su servidumbre (II, 328-335).

predominante presencia masculina. Esta ideología de género aparece explicitada en los discursos proferidos en la fiesta mencionada que ofrece Juan por la concepción de su nuera. Se recurre en tales discursos a tópicos que marcan las diferencias de género y soportan modelos estereotipados de imitación femenina:

Se dijo que “la esposa era el ángel del hogar doméstico”; “que el amor de madre era el más puro de todos sentimientos”; “que cada vez que viene una criatura al mundo temblaban de alegría las esferas”, y otra porción de cosas que aquellos tenderos activos y pasivos aplaudieron a rabiar, por similitud de inteligencia e imágenes y por preceptos de educación —de educación casera, de educación invertida (92).¹³

En la retórica discursiva prodigada por el alcohol, se trasluce un preciso modelo femenino que recoge las dos funciones máximas que socialmente le corresponden a la mujer: la de esposa y madre; y esta última más valorada si se trata de progenitora de varón, pues “el nacimiento de la niña se acepta con resignación” o “desprecio” (Mínguez, 1990: 245-246). Esta sexualidad que subyace al escondido desarrollo del feto no admite vacilación en el caso del abuelo, cuando asevera: “voy a tener un nieto” —nótese el masculino—; y por si aún se ofreciese alguna duda al respecto, concluye: “Juan —sí, porque se llamará como el abuelo” (94). La mujer no sólo queda relegada al ámbito doméstico, sino que, desde la perspectiva masculina que ella misma asume por endoculturación, sufre una limitación que se manifiesta en sus roles.

Asistimos, en efecto, a una reificación desde la cual la mujer es valorada en relación con el hombre según le sirva a éste para sus fines. Esta despersonalización acontece en cuanto a una doble vertiente: la capacidad de *dar* placer y de *dar* hijos. El acto sexual es una imposición que obliga a la mujer; no obstante, permanece imposibilitada para todo placer derivado del mismo (Beauvoir, 2001: II, 194). Se niega, de este modo, su libertad, pues ambas capacidades se articulan desde lo masculino. Esa despersonalización alcanza su punto culminante en la novela una vez que a Rafaela le niegan la posibilidad de tener hijos bajo el peligro certero de morir en un segundo parto; a partir de ese momento, Ricardo se considera “viudo”

¹³ Esta visión de la mujer mantiene, ciertamente, resabios románticos, que acentuaba la dicotomía femenina en “ángel” y demonio” (Fernández, 1994: 100).

(121). La importancia del término es evidente, ya que reduce a la mujer a su genitalidad, anulando cualquier otro aspecto de su persona: “El útero se conceptúa como motor vital del cuerpo femenino” (Fernández, 1996b: 100).

La prohibición del coito y de la consecuente procreación conlleva la imposibilidad de toda realización femenina. Si ser mujer en la burguesía se reduce a los dos aspectos mencionados, esposa y madre, Rafaela pierde su identidad sexual ante su marido, convirtiéndose en un ser asexuado y estéril, carente de utilidad y, por lo tanto, de interés. Rafaela se torna en un ser inútil, inmaterial y apesadumbrado: “¿Qué clase de casado era? ¿Es que es posible el matrimonio con un fantasma?” (125). Dado el proceso de endoculturación al que las jóvenes son sometidas, no cabe para ellas ningún tipo de escapatoria, mucho menos de rebelión, que ofrezca una solución a la situación en la que se encuentra Rafaela. La educación, tanto formal como no formal, se concibe “como instrumento reproductor de los intereses más tradicionales” (Colom y Sureda, 1990: 105); se domestica así a las jóvenes con una instrucción orientada hacia la religión, la laboriosidad, la modestia natural y la amabilidad sin acepción (Colom y Sureda, 1990: 108);¹⁴ una instrucción donde toma especial relevancia la formación moral y religiosa (Flecha, 1990: 428). Esa endoculturación, entre otros muchos condicionamientos sociales, justifican la actitud pasiva de Rafaela, que asume con resignación su situación, permaneciendo en casa y silenciando, por miedo al escándalo, cualquier acción que descubriese el inicuo comportamiento de su marido. De esta manera se evidencia que la presión social actúa como un elemento de control que refuerza las posiciones de dominación y superioridad masculina. De hecho, será la prohibición de mantener relaciones sexuales la que provocará que el matrimonio duerma en habitaciones separadas, símbolo inequívoco del alejamiento existente entre Rafaela y Ricardo (143).

Con Noemi, la amante de Ricardo, ocurre algo similar. Noemi se gana la vida como prostituta hasta que Ricardo se enamora de ella y decide apartarla de la prostitución. Para ello, compra y amuebla una casa que le sirva para sus propósitos. Esta reclusión de Noemi supone

¹⁴ Es importante señalar cómo la diferencia de clase en el s. XIX implica una diferencia educativa, donde la educación femenina en las clases pobres se orienta a las labores; y las clases acomodadas, a estudios ornamentales (Colom y Sureda, 1990: 106). En cualquier caso, “toda su educación conspira para cerrarle los caminos de la rebeldía y la aventura” (Beauvoir, 2001: II, 534).

el inicio de un proceso transformador en el que sus aspiraciones entran en juego. Según avanza la relación con Ricardo, Noemi manifiesta progresivamente su anhelo de un cambio de estado. Por la reconstrucción que realiza de su vida, sabemos que ha ocupado desde su nacimiento un puesto marginal dentro de la sociedad, al estar vinculada en todo momento al trabajo sexual, el cual ya era ejercido por su madre. La relación sexual que mantiene con Ricardo le permite vislumbrar una salida a su situación marginal. Noemi se servirá de Ricardo para ascender de estatus e ingresar en la burguesía. Para ello, es necesario el matrimonio, ya que, por sí misma, el cambio de clase le resultaría imposible. Noemi también asume las dominantes actitudes de clase, y es atrapada dentro de una presión social donde “ser mujer” es inseparable de “ser mujer de alguien”.¹⁵ En efecto, sus pensamientos nos revelan de qué manera es víctima de los condicionamientos sociales:

[...] que sólo los hombres continuaban tratándola, pero eso por la situación equívoca que ocupaba en la sociedad, a merced de todos y sin el nombre ni la salvaguardia de nadie; que ella quería regenerarse por completo y que aquella vida que hacía no era más que una regeneración a medias que de ningún modo podía satisfacer a su ansia de convertirse en una mujer honrada, ante la cual se descubrieran los hombres en la calle; que estaba harta de ser la querida de fulano y de zutano, que quería ser la mujer –entiéndelo bien–, *la mujer* [sic.], de alguien (159).

En este sentido, y al igual que ocurre en el caso de Rafaela, se observa cómo la honra es un instrumento social que actúa a favor del dominio masculino y de la represión femenina. Resulta evidente que la honra no se formaliza de igual manera en los dos sexos, y que tampoco repercute en ambos de la misma manera; es por esto por lo que los hombres se permiten saludar a Noemi en la calle; no así las mujeres. El hecho de que Noemi sea plenamente consciente de su posición en la escala social, aislada y desprotegida por una cuestión de género, aunque también por su origen humilde, le permite actuar para cumplir sus aspiraciones; y esa actuación será realizada, paradójicamente, a través de la actividad sexual. Del pensamiento de

¹⁵ “Con mucha frecuencia, la mujer mantenida interioriza su dependencia; sometida a la opinión, reconoce sus valores; admira “el mundo elegante” y adopta sus costumbres; quiere que la consideren en función de las normas burguesas. Parásita de la burguesía, se suma a sus ideas” (BEAUVOIR, 2001: II, 372).

Noemi se vislumbran términos que necesariamente remiten a una perspectiva falocentrista y burguesa, redundando en la necesidad de dependencia masculina. Así “querida de” y “mujer de” que reflejan la obligatoria subordinación femenina, incluso fuera del ámbito del matrimonio; o “regenerarse”, concepto de gran difusión en el ámbito político finisecular, y que alude a inevitables coerciones sociales en lo que a “ser mujer” se refiere.

El origen burgués de Rafaela hace innecesario el deseo permanente de ascensión de estatus. La obviedad de un futuro matrimonio en la vida adulta centra sus preocupaciones en el otro rol femenino: la maternidad. En las regresiones que realiza el narrador sobre el pasado de Rafaela, se observa cómo sus deseos se dirigen, a la par que al matrimonio, a tener un hijo: “¡Sus bellos sueños de soltera!...—Soñaba con tener un hijo que había de parecerse mucho a su padre” (115). Se observa cómo vuelve a repetirse la misma idea que ya se encuentra en el discurso de Juan en la celebración por la concepción de Rafaela, la valoración de la mujer no por ella misma, sino a través de su capacidad procreadora, la cual resulta dependiente de lo masculino, tanto por el marido como por el preferible hijo varón. La dualidad femenina entre Rafaela y Noemí y las diferencias en su concepción social son utilizadas por el autor para mostrar el “complicado entramado social de las clases y subclases, a lo que se añade también el estudio de grupos sociales más reducidos como la familia, en los que la mujer alcanza un lugar destacado” (Puebla, 2006: 175).

El matrimonio de Juan está concebido en esta misma línea falocentrista. El pequeño burgués, una vez que ha estabilizado su posición económica, se sorprende al pensar “con extrañeza en que era célibe, y con terror, y más que eso, con verdadero espanto, en que era virgen ¡a los treinta y dos años!” (73). Esto le mueve a iniciar una búsqueda desesperada de una mujer, no por el sexo ni por los beneficios que le pueda reportar el matrimonio en cuanto a la compañía femenina; sino a causa del irreprímible “instinto de paternidad” que lo ha poseído.¹⁶ Juan adopta, al igual que su hijo, una

¹⁶ Nótese cómo Juan concibe la sexualidad con una finalidad puramente procreadora. Lo instintivo de la paternidad es fruto de la “naturalización” de la sexualidad; ante lo cual resulta necesario recordar las palabras de Gayle Rubin: “La vida sexual humana siempre está sujeta a la convención y a la interacción humanas. Nunca será completamente “natural”, aunque solo sea porque nuestra especie es social, cultural y articulada” (“El tráfico de mujeres”, 131).

visión predominantemente genital de la mujer; sin embargo, a diferencia de éste, no le mueve el deseo de concupiscencia, aniquilado por el deseo de incrementar su capital, sino el deseo de paternidad: “Y no es que se sintiera capaz de amar a la mujer por sí, en cuanto era un sexo, atrofiado su organismo como estaba por los egoísmos de pasión tan absorbente como pasión del dinero” (73). Apartando la satírica crítica de clase, se observa de nuevo cómo la mujer permanece en un segundo término, subordinada a su capacidad reproductiva; queda reducida, de este modo, a un medio por el cual el varón cumple sus fines. En efecto, a Juan no le importa la mujer, la cual ha sido despersonalizada y convertida en objeto de uso; no es la persona concreta, más allá de su sexo, lo que busca, sino una *hembra* que le asegure un hijo en el cual pueda depositar su herencia, biológica y material:

Tuvo, pues, que decidirse a amar a una hembra cualquiera, a la primera que le hiciera caso, gallega, castellana, andaluza, pero a condición de que no ofreciera muchas resistencias para ponerse panza arriba, impaciente como estaba de llevar a cabo la más portentosa de todas las funciones del organismo. (73)

La visión de la mujer en la sociedad de la Restauración que ofrece la novela está ligada, en todo momento, a su genitalidad. La mujer se observa como un objeto vaginal dominado y utilizado por el hombre, y cuya aceptación social y realización personal están determinadas por el placer en el coito y la fecundidad derivada del mismo. Esta concepción se aprecia en los comportamientos de los personajes, tanto masculinos como femeninos, especialmente, en las relaciones sexuales. La búsqueda de mujer que realiza Juan sirve para ilustrar cómo se dan las relaciones entre las clases bajas. En primer lugar destaca el hecho de que exista un lugar de reunión social donde se facilite el contacto entre sexos: “Allá por las alturas de Chamberí, frente al Depósito de agua del Lozoya, allí está la romería a la que van, en alegre caravana, toda la gente de estropajo, los domingos y fiestas de guardar, a resarcirse de las penalidades de la semana” (74). Este lugar de encuentro, se caracteriza por su ambiente festivo, acompañado de puestos ambulantes, vino y licores, canto y baile; pero también por ser propicio para un amor que escapa del pundonor burgués: “y se ama candorosamente, con sinceridades de bestia, a presencia de todos y completamente a la intemperie, sin que nadie se ofenda y demande de injuria al compañero de al lado, porque la

lascivia le haga morder en el cuello a la hembra más próxima” (74). Esta exageración del narrador que remite a una animalización propia del estilo naturalista se completa, inmediatamente después con una comparación tópica: las “bacanales de los esclavos en Roma” durante las Saturnalias. La sexualidad desinhibida y pública del cuarto estado contrasta con el decoro y la doble moral de la burguesía que se observa en la novela.¹⁷ Las pautas sociales permiten a las clases bajas exteriorizar el deseo y hacer visibles las relaciones sexuales; sufren así una cierta “animalización” según el decoro burgués; pero también disfrutan de la libertad y escapan al mercantilismo propio de las relaciones de las clases medias. La finalidad erótica, en cualquier caso, se evidencia, principalmente, hedonista; es una sexualidad orientada hacia al placer:

Se ofrece allí el amar a gritos, no como mercancía, sino como placer y como instinto, también como descanso y como olvido, porque no hay entre aquellos bacantes de los dos sexos que no lleve la cara ni las espaldas marcadas con el círculo amoratado que graba el látigo sobre la piel (75).

A diferencia de la noción reprimida que tiene Juan de la sexualidad, orientada principalmente hacia la procreación, el cuarto estado la concibe como una forma de evasión y de placer, sin otra finalidad que el disfrutarla en sí misma. En efecto, esto provoca que se aleje del imperativo económico, y se contraponga al ámbito laboral que rige las relaciones entre clases. La sexualidad se distingue, en las clases desfavorecidas, por ser un ámbito donde las relaciones se dan libremente y entre iguales; tiende a mostrarse, junto con el alcohol u otras formas de entretenimiento, como una manera de escapar de una realidad mísera y opresiva, oponiéndose a la dominante moralidad burguesa de raigambre católica.

Por otro lado, la actitud pragmática de Juan en cuestiones sexuales difiere radicalmente de la de su hijo. Ricardo muestra una constante fascinación por el acto sexual, excluyendo, en todo momento, un interés reproductivo. Al igual que el cuarto estado, Ricardo busca el placer en la relación sexual; sin embargo, sus

¹⁷ Para Pura Fernández “la moral sexual burguesa es trasunto de los principios derivados de la moral cristiana, mas sólo en apariencia”, pues se someten a una mercantilización que afecta a todos los órdenes de la vida (*Eduardo López-Bago*, 335-336).

motivaciones son muy diferentes. Lo que en la planicie del Depósito de Lozoya se torna instinto y liberación, en el caso de Ricardo no supera un egoísmo bestial y enfermizo guiado por la autocomplacencia. Su actitud sexual es obsesiva y raya lo patológico.¹⁸ De hecho, el narrador califica tanto a Ricardo como a su comportamiento de una manera grotesca, amoral y salvaje. El desprecio hacia él se observa desde la descripción inicial, y se prolonga a lo largo de la novela.¹⁹ Calificaciones como “sátiro”, “bestia”, “loco”, “animal” o “infame” no sólo le son atribuidas a Ricardo por el narrador, sino también por el resto de los personajes. Se presenta como un estereotipo exagerado hasta el sarcasmo, de ahí que se ofrezca especialmente fecundo para observar actitudes y comportamientos de género desde una perspectiva crítica.

Su obsesión por el sexo queda patente la primera vez que se presenta ante el lector, en el viaje de novios, cuando poco le falta para forzar a su esposa. Se evidencia, en ese momento, la actitud del personaje ante el sexo, pero también ante la mujer, la cual es reducida a su genitalidad. La despersonalización de la mujer está determinada al concebirse como un objeto del cual se obtiene placer. Cuando esta cualidad se pierde, el valor que pudiera haber adquirido desaparece; hasta el punto de permitirse su asesinato, pues “la lujuria conlleva el crimen” (Fernández, 1994: 349). Es lo que explica el total desinterés de Ricardo por Rafaela tras el parto; ella será desdeñada y olvidada una vez quede imposibilitada por el médico para el placer sexual, convirtiéndose en una muerta, en un fantasma. El trato vejatorio que sufre Rafaela viene motivado por razón de su sexo. Ser mujer implica estar sometida a la voluntad despótica de su marido, pero también a anularse como persona, como entidad individual: “un cadáver civil” (Beauvoir, 2001: I, 206). Una vez casada, la mujer “encontraba, con mucho, mayores limitaciones que la soltera. Puede decirse que el matrimonio era el acto que determinaba un cambio más radical en la

¹⁸ Debemos considerar que para los autores naturalistas, seguidores de las nuevas teorías médicas sobre la sexualidad humana que hay en la época, consideran como extravío de la naturaleza todas aquellas “prácticas ajenas al coito monogámico heterosexual” (Fernández, 1996a: 76, 79). Esta concepción de la sexualidad permite abordar sin reparos el “eros negro”, es decir, en los aspectos más oscuros y morbosos de una sexualidad peligrosa, si no, destructiva, ligada a las enfermedades venéreas y a las patologías mentales y morales (Fernández, 1994: 754).

¹⁹ Especialmente significativa se muestra la descripción inicial de Ricardo (81). Para la descripción de Rafaela y Ricardo desde la óptica naturalista (Correa, 1993: 96-97.)

condición civil de la mujer, pues perdía gran parte de la capacidad jurídica de la soltera” (Sole, 1990: 12-13). Sus sentimientos, sus anhelos, sus necesidades permanecen ocultos ante los demás, desapercibidos o ignorados. Rafaela se convierte en una habitual desconocida, que encuentra la razón de su ser en la dependencia del otro: su marido o, posteriormente, su suegro. A Ricardo no le preocupan los deseos ni los sentimientos de su mujer; no se cuestiona si ella quiere realizar el sexo con él ni los motivos por los cuales se resiste. Lo único que busca es satisfacer sus necesidades, prescindiendo de la persona y obviando toda empatía. Especialmente ilustrativo resulta el viaje de novios, cuando se encuentran solos en el tren. A Ricardo sólo le interesa vencer las resistencias que su esposa mantiene. Ante el escaso éxito que obtiene con sus maneras violentas, opta por un acercamiento indirecto: la lectura del controvertido texto bíblico, *El cantar de los cantares*. Que Rafaela acabe cediendo a sus propósitos corrobora que a Ricardo no le es necesario conocer la psicología de su esposa, y mucho menos la psicología femenina, pues su posición de género en la sociedad hace prevalecer sus deseos sobre los de ella, ya sea de una manera o de otra.²⁰ Lo mismo ocurrirá cerca del parto, cuando Rafaela acceda a la insaciable lujuria de su esposo, a pesar de los padecimientos y molestias que sufre por el embarazo (95-96). La voluntad de Rafaela también será ignorada al mostrar su marido un desdén total hacia ella, abandonándola tras quedarse de nuevo embarazada. En este caso, ante la ausencia de la autoridad conyugal que supone el abandono de Ricardo, será el suegro el que tome las decisiones sin esperar el consentimiento de su nuera. El matrimonio burgués se convierte en un lugar opresivo para la mujer que Sawa criticará desde sus novelas, teniendo la finalidad de la procreación a costa de la subyugación y la negación femeninas (Puebla, 2006: 198).

La segregación de géneros en la sociedad burguesa madrileña que refleja la obra incide en las relaciones entre mujeres y hombres, donde éstos últimos salen beneficiados y aquellas perjudicadas. Es significativo observar cómo la sexualidad femenina es reprimida en el ámbito público y privado, mientras que la sexualidad masculina se

²⁰ Especialmente significativa es la visión que muestra Simone de Beauvoir de la noche de bodas (Beauvoir 2001: II, 207-216). También Pura Fernández recuerda que en esa primera vez, la mujer entra a la alcoba nupcial “más curiosa que apasionada” y el “marido pide que de su dolor surja el placer” (Fernández, 1994: 102).

exhibe constantemente. Este silencio de la sexualidad femenina tan constante en Occidente, y del que han sido partícipes investigaciones psicológicas, sociales y antropológicas hasta las últimas décadas del siglo XX, determina aún más la incompreensión que sufre la mujer en diferentes ámbitos que afectan tanto a su intimidad emocional como física (Blackwood y Wieringa, 2003). Mujeres y hombres habitan en dos realidades diferentes, pues sus formas de ver el mundo difieren de manera notable. La construcción social de lo femenino provoca un hermetismo infranqueable para el otro género, que queda relegado a una incapacidad cultural para comprender la mentalidad femenina. En este sentido, la soledad de Rafaela se agrava por la incomunicación que sufre al quedar recluida en el ámbito doméstico. La presión social hace prácticamente imposible cualquier intento de transformar su estado. Se encuentra sin amigas, ni familiares consanguíneos a los que pueda recurrir para compartir su situación, mucho menos para pedir ayuda. Al mismo tiempo, se obliga a callar ante su suegro, acaso la persona con la que tiene más confianza, “por miedo al escándalo” (168).

El parto se ofrecerá como un momento crítico para observar la incompreensión que sufre Rafaela, pero también para enfrentar dos diferentes visiones del mundo construidas en divergencia y en relación con el sistema social de género.²¹ Marido, suegro y médico *católico* asisten al sufrimiento extremo de Rafaela como “espectadores del drama” (107). A pesar del anuncio del inminente fallecimiento del niño y de la madre, el marido presenta una pasividad que en algunos momentos roza la indiferencia; el médico, el doctor Nieto, reafirmando sus ideas católicas, se muestra ajeno al sufrimiento y a la muerte de la parturienta; y el suegro permanece abrumado ante la frustración de perder al nieto: “Ya no iba a ser abuelo. Sólo padre. [...] Tenía que resignarse a ser teniente general, siendo así que él había soñado con el grado supremo de la milicia. ¡Él, que se sentía patriarca!” (104). Rafaela queda relegada a una posición accesoría para los hombres que la asisten. Tendrá que ser Juan el que, sobreponiéndose a su desilusión inicial y tras un tiempo de desconcierto, repare en su nuera como persona y se rebele contra la situación y, tras unos momentos de indecisión, sea capaz de

²¹ “Los escritores naturalistas, buenos conocedores de los últimos avances en sociología, psiquiatría y psicología, aplicaron puntuales referencias a la enfermedad en la descripción de sus mujeres, para ofrecer un diagnóstico válido tras el análisis riguroso de sus signos externos” (Puebla, 2006: 179).

reaccionar, en un intento desesperado por salvarle la vida, y buscar un segundo médico. Los tres personajes masculinos adquieren tres posturas diferenciadas que, más allá de la crítica feroz al catolicismo y a la burguesía, denotan actitudes frente a la posición de la mujer. De hecho, Rafaela se evade del sufrimiento y del parto, mostrándose ajena a los tres hombres y llamando repetidamente a su madre. Resulta significativo que, en semejante momento crítico, busque apoyo en la figura materna prescindiendo de su esposo, lo cual refuerza la idea de que el sistema social que determina las relaciones entre géneros convierte en hermético el ámbito de lo femenino. Los hombres no han sido preparados para enfrentarse a esa situación; no obstante, tras esta realidad, se esconde una profunda endoculturación que refuerza la segregación sexual y que imposibilita que Rafaela sea comprendida ni, tan siquiera, consolada.

En los dolores causados por la distocia, Rafaela requiere la presencia de una figura activa, agente, que sea capaz de acompañarla y de asistirle. Ninguno de los tres hombres presentes puede apartarla de la soledad en la que está sumida. El médico se parapeta tras una muralla ideológico-religiosa; Ricardo rechaza toda iniciativa, derivando sus decisiones en su padre o en el médico: “por su parte, podía hacer lo que quisiera” (109). Sólo Juan es capaz de sobreponerse a la situación, y lo hace porque da prioridad a la persona, venciendo las diferencias genéricas y las convenciones sociales. De este modo salvará la vida de Rafaela; eso sí, recurriendo a soluciones que están dentro del ámbito de actuación masculino: apelando a otro médico.²²

La entrada del segundo médico está marcada por la irrupción de un científicismo en evidente contraste con el doctor Nieto. A diferencia de la visión católica que muestra éste, centrada en una moralidad impuesta por la Iglesia, inflexible y escatológica, el joven médico adopta una postura científica que da prioridad a la vida (Phillips, 1976: 204). En la novela, la moderna medicina favorece a la mujer en cuanto que los principios positivistas, basados en métodos experimentales, son capaces de desvincularse, en cierta medida, de costumbres, supersticiones y creencias que mantienen la subyugación femenina; de este modo, el joven doctor no presentará reparos en

²² De hecho, cuando se plantea el bautizo del feto, ya se ha producido una transformación en Juan, que ha abandonado sus frustrados anhelos de patriarca a favor de Rafaela: “¡Si no perjudica en nada a la madre!” (118).

practicar el aborto, pero tampoco en anestesiar con cloroformo a la madre para que no sufra en el parto: “¡Dios mío, el parto sin dolor! Pero ¿de qué es de lo que habla este hombre [el joven doctor]? ¡Este hombre es la Providencia!” (117). Las comparaciones del joven médico y de sus actos con variados aspectos religiosos son significativas, pues en ellas se observa la ciencia como una nueva religión que sustituye un catolicismo obsoleto y deshumanizado.²³ En efecto, junto con “la Providencia”, el médico será denominado “sacerdote” o, repetidamente, “el Salvador” (119); y, el examen final de Rafaela, tras salvarle la vida al practicar el aborto, tampoco escapará a la comparación religiosa: “[...] con cierta especie de fervor místico, muy semejante al del cura católico cuando levanta la hostia a la altura de la cabeza para comulgar en amor con todos los fieles” (120).²⁴

La soledad y la incomunicación femeninas, siempre dependientes económica y socialmente de los hombres, se refleja en sus historias de vida. La elaboración de sus relatos vitales muestra cómo los diferentes estadios biográficos se construyen siempre en relación con un hombre, algo que no ocurre así en el caso masculino. En el primer capítulo de la novela, se realiza una retrospectiva para explicar el ascenso de clase de Juan desde sus orígenes pobres en una familia campesina gallega, a su consolidación burguesa en la capital. Impulsado por motivaciones económicas y de estatus, en su biografía las mujeres sólo aparecen de forma episódica sirviendo, principalmente, a sus intereses lucrativos. Para él, la sexualidad es algo accesorio, de ahí que el arte que muestre en “sobar convenientemente con una mano a las criadas de servir” que le compran en la tienda sea para, con la otra mano, despachar “a su arbitrio, mermando [...] el peso y aun la calidad del artículo

²³ Como señala Pura Fernández, el Naturalismo, en su búsqueda de una reforma social y sexual, ataca las concepciones transmitidas por la Iglesia, que magnifica el pecado sexual sin observar las circunstancias determinantes de cada caso concreto (Fernández, 1999: 83). Esto concuerda con los presupuestos teóricos de la novela naturalista basados en “los principios de la medicina experimental de Claude Bernard y todo el entramado ideológico de la filosofía positivista, la teoría evolucionista, las leyes de la herencia biológica y la tesis del origen fisiológico de los sentimientos y las pasiones de CH. Letourneau” (Fernández, 1996b: 82).

²⁴ Es especialmente oportuno el comentario de Mercedes Etreros respecto a la novela decimonónica y el progreso en España: “En España no se puede tratar el progreso en una novela realista porque éste no existe, sólo puede presentarse como aspiración” (Etreros, 1997: 89).

despachado”; o que sólo obtenga beneficio económico al hacerse “patrono de todas las muchachas desacomodadas del barrio” (72); o que sea virgen a los treinta y dos años; o que se case “sintiéndose incapaz de amar a la mujer por sí”, sino por el “instinto” de paternidad (73). Estos aspectos se verán corroborados por segunda vez cuando repita su historia de vida en el tren, ya iniciado el desenlace de la novela (183).

Muy diferentes se muestran las historias de vida de Rafaela o Noemi, convertidas en historias sexuales siempre ligadas a las relaciones que mantienen con hombres (Etreros, 1997: 61). Rafaela, al volver Ricardo para perpetrar su crimen, evoca “toda su historia”, “recorriéndola punto por punto” (167). Sin embargo, esa historia queda limitada a la historia de los incidentes sexuales que sufre, lo cuales persistentemente están ligados a hombres:

[...] un tonto que le había hecho el amor cuando aún llevaba las pantorrillas al aire...; las vulgaridades insípidas del primer novio...; la conmoción que sintió en sus entrañas una tarde que oyó a un hombre de experiencia hablar del amor tal como es, aunque con las velaciones que imponían a su lenguaje la presencia de una joven [...]. Su primer novio formal para casarse, fulano. Y el segundo, zutano (167-168).

Los recuerdos concluyen con una reconstrucción de su matrimonio, desde “la brutalidad del asalto en el coche reservado del ferrocarril” hasta el cambio brusco en la conducta de Ricardo determinado por la aparición de Noemi. El caso de esta última es muy diferente al de Rafaela, pues procede de un estrato social marginal. La primera vez que narra su vida, lo hace en público, en el burdel donde se reúnen la sociedad formada por los amigos de Ricardo, orientada a la diversión y el sexo. La “historia triste” de Noemi abarca desde el nacimiento en un burdel de una madre prostituta hasta su primer enamoramiento, pasando por la explotación sexual que realizan de ella siendo una niña. Su relato se verá interrumpido cuando, cerca de ser agredida, es vejada por uno de los amigos de Ricardo a causa de haberles arruinado la fiesta (130-132). El relato lo retomará en una carta dirigida a Ricardo, donde le remitirá un artículo publicado en una revista en el que un tal A. Wasa cuenta su biografía, “biografía de la mártir, escrito en parábolas”, con un melodramático estilo romántico.²⁵ El artículo ahonda en lo ya referido la primera vez,

²⁵ Nótese el carácter irónico del artículo en el anagrama de quien lo firma.

aunque añada una fuga con un cliente por amor que acabará en ruptura, y donde ella se llevará la peor parte.

A pesar de las diferencias que encontramos en ambas historias de vida, las cuales están generadas, principalmente, por diferencias de clase, existe un elemento común que las articula. El dominio masculino, en efecto, organiza lo biográfico; éste se extiende por los diferentes estamentos sociales, otorgando similitud y continuidad al pasado de ambas mujeres. La reiterada dependencia masculina que sufren Rafaela y Noemi en sus trayectorias vitales excede las condiciones dispares en las que se desenvuelven. En este sentido, y dentro de los presupuestos que marca el naturalismo, el lector se sitúa ante un determinismo social que establece el destino de la mujer desde su nacimiento.²⁶ En el caso de Rafaela: mujeres burguesas sometidas a la voluntad paterna que, cuando abandonan el núcleo familiar para formar su propia familia, son sometidas por sus maridos; en el caso de Noemi: la explotación sexual y la dependencia que genera a través de la estigmatización moral impiden toda escapatoria. Sin embargo, a pesar de las diferencias existentes en la opresión de la cual son víctimas, ambos casos se encuadran dentro de un sistema que impone sus propios límites, y el que las oportunidades de liberación son mínimas. Se trata de un sistema socioeconómico que regula la sexualidad beneficiando siempre a los hombres que ostentan el poder y subyugando a las mujeres, bien recluyéndolas en la situación poco ventajosa del matrimonio, bien relegándolas a la marginación y la pobreza que rige la prostitución.²⁷

En la novela, a la sexualidad no se le confiere únicamente una finalidad procreadora; antes al contrario, es mostrada desde una perspectiva plural y multifuncional. La sexualidad tiene valor por sí misma, orientada al placer y a la sensualidad; pero también es un medio para realizar los propósitos. En el caso de Noemi, las relaciones sexuales son el elemento constitutivo de su situación laboral; ella,

²⁶ En este destino social de la mujer orientado a la familia no debe olvidarse el papel que cumple como mantenedora y trasmisora de la moral” establecida (Fernández, 1994: 341).

²⁷ “El reparto sexual de las tareas y funciones hace de la prostitución, en numerosos casos, la única solución al alcance de las mujeres para resolver graves problemas de supervivencia o a veces de inserción en el mercado de consumo” (VV.AA., 1988: 11). Ya el naturalista López Bago señalaba que las causas que llevan a una mujer a la prostitución son la ignorancia, la miseria y el hambre (Fernández, 1999: 74-75).

como trabajadora del sexo, concibe la sexualidad como un intercambio económico necesario para su manutención y subsistencia; no obstante, a la vez es la única escapatoria que le ofrece su situación. Noemi utiliza su cuerpo como un instrumento de placer, y como tal, su finalidad no se limita a lo meramente laboral, sino que también lo concibe como una escapatoria: la esperanza de enamorar a un hombre del que servirse para abandonar la prostitución. Habiéndolo intentado anteriormente, sin mucho éxito, como se comprueba en el artículo que narra su vida, al final lo conseguirá a través de su relación con Ricardo. Según avance la relación con éste, el uso que Noemi da a la sexualidad no declinará; de nuevo será el sexo el recurso para obtener sus deseos, los cuales demandan un cambio significativo de estatus. Y complaciendo la libido de Ricardo será como obtenga el matrimonio, validación social de su cambio de estado.²⁸

Rafaela ofrece una visión diferente de la sexualidad que proviene de su educación y de sus vivencias. Ciertamente, sabemos que ha tenido episodios sexuales antes del matrimonio; sin embargo, las ideas sobre el sexo en las que se basa la relación amorosa que mantiene con su marido tienen más fuente que la propia experiencia. En el episodio del tren, que sirve para caracterizar al matrimonio, en plena investida de Ricardo, encontramos:

Ella había leído cosas del amor como lo describen los novelistas, y se sintió maltratada y herida por la realidad, engañada por los folletines que había leído, insultada por aquel hombre que le levantaba las faldas y le mordía en las pantorrillas como un bruto, exactamente igual que un perro cachorro... (82).

Todo indica que Rafaela distingue la sexualidad de la relación conyugal, movida por el amor, de las relaciones prematrimoniales, donde el sexo es fuente de curiosidad, exploración y placer. De hecho, es significativo que, ante el insistente acoso de su marido, Rafaela se pregunte: “¿Y es eso el amor, es eso el matrimonio? ¿El ayuntamiento de los sexos, como en los perros esos que se olfatean el culo por la calle?” (82). Más adelante, cuando haya sido víctima de la distocia y quede incapacitada por prescripción médica para la actividad sexual, ella misma se concebirá como “un esqueleto animado, tan repugnante como todo lo que es desperdicio del cadáver; pero esqueleto dotado de

²⁸ Compárense, en las diferentes etapas que se suceden en la relación con Ricardo, las aspiraciones de Noemi y cómo utiliza el sexo para lograrlas (148, 151).

cuantas vanidades y derechos hacen antipático al ser vivo y completo” (141). En Rafaela se descubre la sexualidad, como elemento imprescindible para ser persona, pero también fundamento constitutivo de su identidad femenina. A diferencia de Noemi, en Rafaela la reproducción permanece ligada de manera esencial a la sexualidad, lo cual es algo que determina la sexualidad dentro del ámbito reglado del matrimonio. Aunque es difícil desligar en este caso lo cultural de lo instintivo, esta concepción se trasmite por endoculturación, y se manifiesta desde la visión predominante masculina que observa a la mujer reificada en el placer y en la procreación (Puebla, 2006: 194).

La presión social ejercida sobre la mujer viene dada por el dominio masculino en el ámbito público y en el privado; no obstante, es en este último donde la mujer puede servirse de aspectos de su posición que le sean favorables. La necesidad de controlar la sexualidad femenina por parte de los hombres ofrece una debilidad en el ejercicio de poder. Como ya hemos señalado, la sexualidad es contemplada de forma polivalente por los personajes femeninos, y entre sus finalidades no se descarta la utilización utilitaria. Aunque con desigual éxito, tanto Noemi como Rafaela se sirven de su genitalidad para someter la voluntad de Ricardo. Rafaela para recuperar a su marido, aun a riesgo de su vida; Noemi para abandonar la prostitución y conseguir el matrimonio. De este modo, si la mujer permanece fuera de la esfera del poder, en lo institucional y en lo privado, es en este último ámbito donde puede desplegar algún dominio sobre el hombre por medio del sexo. Convierte así la necesidad masculina en una manera de obtener control y beneficio.

Los presupuestos que se otorgan a la naturaleza masculina se observan en la esposa de Juan a través de la justificación que hace del crimen legal que su hijo realiza sobre Rafaela:

Veía pasión donde Juan infamia, y eso es todo. Un enamorado que se acuesta con su amada no tiene —¡ella lo disputaba!— no tiene otro remedio que hacer lo que hizo Ricardo. ¡Y si el enamorado no hace eso, es porque está castrado, porque es un eunuco! Esa es la verdad, la pura verdad, y todo lo demás son retóricas y pamplinas (180-181).

Esa sexualidad masculina “natural”, irreprimible e irrefrenable, la cual contrasta con la tenazmente reprimida sexualidad femenina, justifica la agresión sexual y, en este caso, hasta el crimen, no sólo en

la mente de la madre del agresor; sino también en la mente de su esposa. Rafaela se autoinculpará defendiendo a Ricardo ante Juan:

He sido yo, he sido yo la instigadora. Él resistía, no quería hacerlo; pero yo le suplicaba de rodillas, lo besaba en los ojos, le amenazaba con matarme. Tuvo que sucumbir. Le digo a usted, papá, que he sido yo. Él no ha tenido la culpa. El pobrecito no ha podido evitarlo (174).

Rafaela justifica a su esposo, al igual que lo justifica su suegra, por medio de una libido masculina incontrolable. El embarazo es el resultado de la manipulación de la que es víctima Rafaela al arriesgar su vida, manteniendo relaciones sexuales con su esposo, por intentar aplacar la frustración que le provoca la prohibición del médico. Es esa frustración y la presión de género que ejerce sobre ella el entorno social lo que la llevan a intentar recuperar desesperadamente a su marido; y lo intentará con el único instrumento que le es posible dada su posición: el sexo. Si bien su acción no tendrá el resultado esperado, sí existe una intención de control por medio de la sexualidad y, por consiguiente, un despliegue —aunque frustrado— de poder.

Noemi se servirá de los mismos medios, sin embargo, en su caso, sí obtendrá lo que se propone. Como Rafaela, es consciente de la necesidad sexual masculina y se sirve de ella; de hecho, al encontrar a Ricardo demacrado por la incesante actividad sexual, se congratula de sus logros, “como de un triunfo glorioso, como de una conquista” (154). Noemi es consciente de su atractivo y de su habilidad sexual, y lo utiliza con Ricardo. El sexo femenino se transforma en un instrumento de micropoder, que en su caso le servirá para escapar de una situación marginal y conseguir la ansiada honra que conlleva la nueva posición social. Se trata de un “regateo patriarcal”, que son estrategias que las mujeres utilizan en un conjunto de constricciones concretas, dependiendo, entre otros factores, de la clase social (Kandiyoti, 1994: 131).

Al igual que para las mujeres de la novela, los hombres observan la sexualidad más allá de los límites reproductivos. Se mantiene, en efecto, una perspectiva multifuncional que abarca desde la orientación reproductiva de Juan a la concepción hedonista de Ricardo. Pero la sexualidad, junto con el placer, determina las relaciones sociales en los grupos. Así ocurre en la sociedad que forman los amigos de Ricardo, denominada Academia de la lengua por la importancia ritual que adquiere ésta en sus reuniones: “nos proponemos hacer que Madrid ame a la francesa, sienta a la francesa y

goce a la francesa” (127). El sexo es utilizado como remedio contra el hastío vital: “Estamos hastiados de amores; yo estoy por decir que estamos hastiados de la vida” (126). Con lo cual, la sexualidad se convierte también, en el ámbito masculino, en un entretenimiento social, una forma de ocio, que en este caso requiere de la mujer, pues para poner en práctica sus ritos orgiásticos se sirven de prostitutas. La sexualidad también puede ser utilizada para el reconocimiento social, ya que se torna fuente de prestigio entre varones; no así entre mujeres, cuya represión y control masculino les imponen diferentes normas morales. El caso más extremo en cuanto a la utilización del sexo con fines no reproductivos es el caso del “crimen legal” que sufre Rafaela. Ricardo utiliza el coito y la consiguiente concepción para asesinar a su esposa.²⁹ El sexo se ha transformado, paradójicamente, en *corpus delicti*, que contiene el poder de dar y quitar la vida. De este modo, llevando la sexualidad a su extremo, se realizará un crimen amparado y justificado por las leyes de una sociedad represiva en la que impera una marcada doble moral, la cual es aplicada de diferente manera según el género de sus agentes.³⁰

Especial relevancia cobra en la novela la prostitución.³¹ En un principio, pudiera parecer que las prostitutas tienen una mayor libertad al permanecer en los márgenes del sistema; sin embargo, esa libertad aparente pronto se manifiesta como marginalidad: “La mayor desgracia de la hetaira es que no solo su independencia es el envés falso de mil dependencias; además, su libertad misma es negativa” (Beauvoir, 2005: II, 374). Si analizamos el caso de Noemi, ya observamos que no tiene una absoluta libertad de movimientos, pues el desarrollo de su trabajo se realiza en una casa de citas: “Llamábasela la casa de *Matilde la de los brillantes*. [...] Uno de los

²⁹ Gilbert Paolini presenta a Ricardo como un delincuente marcado por su biología, que se muestra inteligente e instruido; esto le sirve para mostrar que Alejandro Sawa conocía la antropología criminal de la época (Paolini, 1984); también analiza la patología psico-sexual aplicada a una mujer en otra obra de A. Sawa, *La mujer de todo el mundo* (Paolini, 1983). Pura Fernández trata el conocimiento médico-psiquiátrico aplicado a la novela naturalista (Fernández, 1997).

³⁰ Foucault ha mostrado hasta qué punto esa legalidad está al servicio de la clase dominante (Foucault, 2007).

³¹ Pura Fernández señala que la prostitución adquiere una presencia y una relevancia más que significativa en el naturalismo “radical” español: “las prostitutas, víctimas de una sociedad corrupta e hipócrita, se convierten en el símbolo de la realidad que los naturalistas critican y combaten” (Fernández, 1999: 83).

rincones del vicio elegantes más concurridos de Madrid” (129). En la descripción del lugar, acaso lo que más llama la atención sean las enormes rejas que ofrecen a la mancebía la apariencia de “prisión”, y cuya finalidad es hacer “imposible, las rabiosas fugas de las prostitutas” (129). Esto implica que no existe libertad en el ejercicio de la profesión, sino que se dan unas normas de dependencia con el regente o la regente del prostíbulo. Esta esclavitud sexual a la que se ven sometidas las trabajadoras del sexo es manifiesta en Noemi, la cual a través de su historia de vida ha narrado una de esas “furiosas fugas” por enamoramiento, la cual acabará en fracaso cuando el amante la abandone. En tal situación, le resulta imposible empezar sola una nueva vida. Estigmatizada socialmente y sin recursos económicos, la única manera de subsistir es la vuelta al prostíbulo, donde le aguarda un final ya conocido: “Vida claustal, trabajo excesivo, escasos ingresos, pronta enfermedad y terrible muerte, constituyen todas las expectativas vitales de las prostitutas” (Fernández, 1999: 82). Noemi es consciente de que sólo puede escapar de su situación a través de un hombre; sin embargo, eso no le asegura ni la libertad ni la aceptación social.³² Si Ricardo interviene para que Noemi abandone la casa de citas (la novela no especifica cómo), es para mantenerla recluida como querida y disfrutar en exclusiva de ella y, más concretamente, de su sexo. Se trata de otro tipo de reclusión que para Noemi es preferible a la del prostíbulo, pero que tampoco le ofrece ninguna salida, ya que se mantiene la dependencia económica y el rechazo social:

Era de dominio de la gente que Ricardo era casado; que ella tenía relaciones con un hombre casado; y eso hacía más intolerable su situación, porque se duplicaba la deshonra; porque se aumentaba la infamia. Se aumentaba considerablemente. ¡El hogar de un padre de familia deshecho entre los muslos de una cortesana! (159).³³

³² Como bien recuerda Pura Fernández, la única escapatoria consistía en que “algún cliente, encaprichado o enamorado, suscriba un contrato con la dueña del burdel para gozar en exclusiva de los encantos de la prostituta o, como máxima expresión de la dicha, que adquiriera su libertad comprándola a los proxenetes, si bien ésta también es una estrategia empleada para llevar a las mujeres engañadas a otros países” (Fernández: 1999: 82-83)

³³ Nótese cómo, a pesar de que la mujer socialmente mantiene un rol pasivo en la sexualidad, este rol se vuelve activo cuando tiene consecuencias morales. Para la opinión pública, Ricardo (paciente) es arrastrado por la prostituta (agente), eximiéndose él de toda culpa y convirtiéndose ella en la causa del agravio familiar.

Noemi es despreciada por las mujeres de su nuevo barrio, “la desairaban y no consentían visitarse con ella, por miedo a contagiarse de la deshonra” (159); este rechazo es la manera de expresar que se encuentra en una clase social que no le corresponde: “Allí a lo menos vivía entre las mías, entre las mujeres de la vida, que no eran más ni menos que yo” (160). De esta situación surge la propuesta de abandonar Madrid y marchar a un lugar donde puedan comenzar de nuevo sin las presiones sociales. Sin embargo, Ricardo prefiere asesinar “legalmente” a su mujer antes que abandonar la capital; pues la unión con Noemi, mientras viva Rafaela, no puede ser legitimada.

En efecto, la dependencia también se impone en el mundo marginal de la prostitución. A esto se le unen vejaciones y agresiones por motivos de género, como se observa en la reunión de la *Academia de la lengua*, la sociedad formada por los amigos de Ricardo. Noemi es insultada y casi golpeada por uno de los amigos de Ricardo cuando esta acaba con la diversión al contar su “historia triste” (133). Noemi, con su relato, se personaliza, se otorga una voz, un pasado, se dota de unos sentimientos, de un alma. La voz de Noemi provoca la reacción del amigo de Ricardo al hacerle consciente de que, tras la reificación a la que ella es sometida, existe un ser humano. Esta reificación especialmente afecta a lo corporal, y resulta explícita cuando el narrador se refiere a los genitales de Noemi: “prisionero de aquel hermoso sexo gastado de Noemi” (145). El sexo se convierte en una herramienta de trabajo para las trabajadoras del sexo; un instrumento de placer para el hombre; un objeto que pierde su valor con el uso. El amigo de Ricardo, al sentir remordimiento, acabará mandándola callar, pues es preferible mantener la negación de la persona y observar a Noemi como una prostituta, como un objeto sexual, ya que lo otro supondría aceptar su humanidad con las consiguientes implicaciones morales. Al final, la voluntad del hombre se impone: Noemi guarda silencio y la fiesta continúa.

Sin embargo, la reificación femenina no es el único recurso para menospreciar a la mujer. El autor también se sirve de un recurso común al naturalismo: la animalización. En efecto, para referirse a las campesinas gallegas, en las primeras páginas de la novela se las denomina “ganado femenino” y se les acusa de ser la causa de graves

Esto puede compararse con los pensamientos de Rafaela, cuando se contempla como causa del alejamiento de su marido por la prohibición de mantener relaciones sexuales.

males para la sociedad: “Aquellas mujeres de Galicia, aquel ganado femenino, pare con una frecuencia tan asombrosa, que esa fecundidad de sus entrañas es, a lo menos en nuestro país, uno de los más importantes factores del conflicto social” (68). De nuevo nos encontramos ante una omisión de la intervención masculina en la procreación, donde la mujer se convierte en agente por las implicaciones negativas que conlleva la actividad sexual; de tal manera que, al centrarse en la fecundidad, se diluye la participación del varón en la fecundación, siendo la mujer la causante de los males sociales que conlleva una descendencia extensa. Esta alusión a la mujer rural no es la única; de hecho, cuando Rafaela abandone por instancia de su suegro la capital para no destapar el escándalo y buscar ayuda médica especializada, la misma animalización vuelve a repetirse:

A la hora en que el sol se pone, congregábanse las mujeres de aquel barrio, a modo de deliberantes de una asamblea, en uno de los acantilados que dan frente al puerto, para aguardar la vuelta de sus maridos, de sus hijos y de sus hermanos. Hacen allí como una especie de política local, refiriéndose mutuamente, algunas de ellas borrachas de indiscreción, los últimos chismes del poblacho, ejercicio que constituye toda la vida moral de aquel triste ganado femenino. (197-198)

De nuevo reificadas en la animalización a través del menosprecio de su capacidad cognitiva, las mujeres son relegadas al ámbito doméstico. Las mujeres rurales son aún más denostadas en la novela que las urbanas, pues en ellas confluyen las disposiciones negativas hacia su género y hacia su condición campesina. A esto se le suma la pertenencia a una sociedad cerrada y hermética, en la que la presión social es, si cabe, más asfixiante, como queda ilustrado en la crítica que el narrador realiza sobre la maledicencia:

[...] se apostrofa allí a la desgracia de la mujer que ha parido a un *rorro* a quien su presunto padre se niega a reconocer; y se publica la escasez de recursos de la fulana o de la zutana, que no pudo echar ayer patatas al puchero porque el marido se lo gasta todo en copas de aguardiente y en botellas de sidra [...]. Y se anuncia, entre sorpresas y burlas de aquellas conciencias intransigentes, el adulterio público y escandaloso de tal o cual señorona [...] (198).

La segregación sexual —mujeres pescadoras esperan a los hombres en el puerto— en este caso no sólo implica una especialización sexual, también esconde una dependencia institucionalizada y una opresión manifiesta a través de leyes tácitas y consuetudinarias que afectan a lo moral, y, más concretamente, sirven para ejercer un control sobre su sexualidad —adulterio— y su capacidad reproductiva —mujer con hijo no reconocido—. Las mujeres asimilan las normas de un sistema que beneficia a los varones, adoptan sus valores y los ponen en juego, siendo reconocidas aquellas mujeres que lo aceptan y lo cumplen; siendo rechazadas aquellas que, bien por criterios ideológicos, bien por las circunstancias vitales, difieren de lo establecido. Mujeres rurales o urbanas son oprimidas por una misma desigualdad de género, cuyas variantes se originan por adecuación al contexto social.

Todos los elementos analizados indican que en la obra prevalece una crítica de clase que ataca principalmente a la burguesía desde una paradójica moralidad. En esta crítica cobra especial relevancia lo sexual que ilustra, gracias a un estilo naturalista que permite la presentación explícita, las bases de una doble moral institucionalizada y tolerada. Sin embargo, adscrita a la crítica de clase, la novela muestra la precaria situación de la mujer que es víctima de un sistema dominado por hombres. Alejandro Sawa, con “una clara conciencia social y un compromiso con la humanidad” y desde las posibilidades críticas y formales del naturalismo radical, refleja esa situación opresiva que sufre la mujer en un sistema socioeconómico que la domestica y somete (Correa, 1993: 283). Ese compromiso feminista, que ya se observa en sus artículos periodísticos (Puebla, 2006: 204), entronca con su faceta ideológica, la cual está ligada a los teóricos revolucionarios del movimiento obrero que abogan por un cambio en las relaciones de género, equiparando los derechos y deberes de la mujer con el hombre (Capel, 1986: 212). Especialmente *Crimen legal*, pero también el resto de las novelas de la etapa naturalista de Alejandro Sawa, presentan un indudable valor documental y hacen visibles, a través de un “incipiente feminismo” derivado de posiciones liberales, cuestiones de género que acaso hoy tengan más vigencia que nunca.³⁴

³⁴ “Aunque en la narrativa de Sawa sorprende la existencia de un incipiente feminismo, todavía faltan algunos años para su resolución favorable en el devenir de unas mujeres que se enfrentan a su condición de esposa y madre a favor de sus deseos sexuales” (Puebla, 200-201). La preocupación por la mujer presente en la

Al igual que la España de la Restauración, cada sociedad dispone de unas normas que regulan las relaciones entre sexos. Las diferencias de género esconden relaciones de poder, y estas relaciones se dan en una sociedad segregada donde la mujer es relegada a una perpetua dependencia del varón, siendo apartada de la esfera de poder, de los ámbitos institucionales, oficiales y públicos, y confinada al ámbito doméstico. Ese sistema patriarcal aprovecha la asimetría fundamental entre sexos —la capacidad reproductiva de las mujeres— para obtener un mayor beneficio de la subordinación femenina (Burbank, 1995). La mujer es modelada desde su nacimiento al ser endoculturizada en un sistema donde la sumisión femenina es perpetuada generación tras generación.

La sexualidad, como construcción humana en una sociedad y en una cultura determinada, forma parte de un sistema donde cada uno de sus elementos está interconectado con los demás. En este sentido no se puede aislar el sistema sexual de otros sistemas como el económico, el político o el de parentesco. La novela denuncia un problema de clase; pero también, contextualizada en un naturalismo que apela “a la necesidad de impulsar reformas en la moral social y sexual”, un evidente problema de género (Fernández, 1996b: 86). Resulta sencillo, desde la dependencia económica del matrimonio y la miseria de la prostitución, encontrar la relación entre ambos. ¿La denuncia que contiene *Crimen legal* es acompañada de una solución en la novela? La respuesta, en el caso que nos ocupa, es negativa. Ricardo se casa con Noemi, lo cual confirma la muerte del Rafaela. Sobre si se practicó con éxito la operación de cesárea para salvar al hijo, la novela guarda silencio. La sutil ironía hedonista con la que el narrador termina la obra —“Yo creo que, a lo menos durante algunos años, continuarán siendo felices con la magnífica felicidad de los sentidos”— incita a una interpretación abierta que involucra al lector y lo mueve, desde la crítica feroz y la denuncia, a la reflexión (203). Y, por qué no, a la acción.³⁵

narrativa de Alejandro Sawa no debe ensombrecerse bajo aspectos puntuales como el señalado “ganado femenino”, donde es posible que prevalezca el desprecio por determinadas actitudes del pueblo bajo, y más concretamente por el campesinado (Correa, 172).

³⁵ No olvidemos que la intención de los naturalistas radicales respecto a la mujer es, según Pura Fernández, “liberarla del de un orden castrador, al tiempo que exaltan la función reproductora como máxima expresión y finalidad de la sexualidad

Sin embargo, ante la ausencia de una solución a la situación opresiva de la mujer en la Restauración, encontramos un personaje femenino en *Crimen legal*, cuya referencia, aunque mínimamente episódica, presenta una rebelión al sistema falocentrista y a las imposiciones de la heterosexualidad obligatoria: la madre de Noemi. Prostituta como su hija, en el artículo que cuenta la historia de vida, el articulista le reprocha que no tuviera una idea muy clara de lo que significa ser madre. Para ilustrar esta afirmación, añade palabras de la propia progenitora:

Si yo bebo aguardiente, es porque me gusta y tengo la voluntad de beberlo...; pero si no quiero tener hijos, ¿por qué he de tenerlos? ¿Quién es ese tirano oculto que se entromete en mis cosas, obligándome a realizar lo que sólo en pensamiento, y sin ascender a la categoría de hipótesis, me parece tan monstruoso que cierro los ojos para no verlo, y sofoco la razón para no idearlo? ¡Ay! ¡Qué arbitrariedades tan crueles las de la vida! ¡Si yo pudiera estrujar y hacer polvo este horrible principio de humanidad que se menea en mis entrañas! Porque no hay duda que los hijos afean y envejecen (136).

Para no saber lo que significa ser madre, sí se muestra plenamente consciente de los impedimentos sociales que controlan su sexualidad y su capacidad reproductiva; este pensamiento entronca directamente con las bases del feminismo y linda con la controvertida cuestión del aborto. Esta apología de la liberación sexual es una reivindicación de los derechos de la mujer; derechos que, partiendo de una rebeldía contra el control masculino de la sexualidad femenina, apuntan a una libertad sexual, que implícitamente exige una libertad de género. Aunque las palabras de la madre de Noemi tienen la intención de ponderar la precaria situación que sufre la hija y marcar su incompreensión y su soledad incluso antes de su nacimiento, existe un grito disidente en ellas que se rebela contra un sistema establecido donde las relaciones de género subyugan a todo aquello que difiere de lo masculino. Acaso se encuentre en este grito marginal de una prostituta el primer paso de una línea de acción que devuelva la voz a las mujeres y a todos aquellos y aquellas discriminadas por su sexualidad, y suprima las desigualdades de género.

femenina” (Fernández, 1996b: 109-110). Sin embargo, resultan evidentes los riesgos que conlleva esa exaltación reproductora para la liberación femenina.

BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir, Simone de (2001), *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2 vols.
- Bizcarrondo, Marta (1984), “Los orígenes del feminismo socialista en España”, en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX): Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 137-158.
- Blackwood, Evelyn y Wieringa, Saskia E. (2003), “Sombras sáficas: desafiando el silencio sobre el estudio de la sexualidad”, en José Antonio Nieto, *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*, Madrid, Talasa, pp. 193-214.
- Bonino Méndez, Luis (2002), “Masculinidad hegemónica e identidad masculina”, *Dossiers Feministes*, 6, pp. 7-36.
- Burbank, Victoria K. (1995), “Gender Hierarchy and Adolescent Sexuality: The Control of Female Reproduction in an Australian Aboriginal Community”, *Ethos*, 23, 1, pp. 36-46.
- Capel Martínez, Rosa M. (1986), *El trabajo y la educación de la mujer en España: (1900-1930)*, Madrid, Instituto de la mujer.
- Chancer, Lynn (2003), “Defendiendo una dinámica básica: paradojas en el corazón del sadomasoquismo”, en José Antonio Nieto (ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*, Madrid, Talasa, pp. 275-295.
- Colom, Antonio Juan y Sureda, Bernardo (1990), “Educación femenina y confrontación ideológica en la Restauración”, en *Mujer y educación en España, 1868-1975: Actas de la Educación*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, pp. 104-111.
- Correa Ramón, Amelina (1993), *Alejandro Sawa y el naturalismo literario*, Granada, Universidad de Granada.
- Etreros, Mercedes (1977), “El Naturalismo español en la década de 1881-1891”, en *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, pp. 49-131.
- Fernández, Pura (1994), *Eduardo López-Bago y el naturalismo radical: sociedad y “eros negro” en la literatura decimonónica finisecular* (Tesis doctoral), Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- (1996a), “Censura y práctica de la transgresión: los dominios del eros y la moralidad en la literatura española decimonónica”, en

- Los territorios literarios de la historia del placer. I Coloquio de erótica hispana*, Madrid, Huerga y Fierro editores, pp. 71-90.
- (1996b), “Moral social y sexual en el siglo XIX: la reivindicación de la sexualidad femenina en la novela”, en Iris Zavala (coord.), *Breve historia feminista de la literatura española*, Barcelona, Anthropos, pp. 81-114.
- (1996c) “Orígenes y difusión del naturalismo: la especificidad de la practica hispana”, *Revista de literatura*, 58, 115, pp. 107-120.
- (1996d), “El Naturalismo radical”, en Víctor García de la Concha (coord.), *Historia de la Literatura Española IX*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 237-256.
- (1997), “Scientia sexualis y saber psiquiatrico en la novela naturalista decimononica”, en *Asclepio: Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, XLIX, 1, pp. 227-244.
- (1999), “El eros prostituido de la novela naturalista”, en *Historiar: Revista trimestral de historia*, 2, pp. 71-83.
- Flecha, Consuelo (1990), “La educación de las niñas en los reglamentos escolares de finales de siglo”, en *Mujer y educación en España, 1868-1975: Actas de la Educación*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, pp. 427-436.
- Foucault, Michel (2005), *Historia de la sexualidad*, 3 vols. Madrid, Siglo XXI.
- (2006a), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI.
- (2006b), *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza.
- (2007), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI.
- Kandiyoti, Deniz (1994), “The Paradoxes of Masculinity. Some thoughts on Segregated Societies”, en *Dislocating Masculinity* (Cornwall, Andrea y Lindisfarne, Nancy Eds.), Londres, Routledge, pp. 198-199.
- Mínguez Álvarez, Constanancio (1990), “La educación femenina según la novela española de finales del siglo XIX”, en *Mujer y educación en España, 1868-1975: Actas de la Educación*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, pp. 245-253.
- Paolini, Gilbert (1983), “Ambición, pasión y muerte en una novela de A. Sawa: análisis de patología femenil”, en *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 22-27 agosto 1983*, vol. II, pp. 391-399.

- (1984), “Alejandro Sawa, *Crimen Legal* y la antropología criminal”, en *Crítica Hispánica*, pp. 39-50.
- Phillips, Allen W. (1976), *Alejandro Sawa, mito y realidad*, Madrid, Turner.
- Puebla Isla, Consuelo (2006), *La representación de la mujer en la narrativa de Alejandro Sawa*, Madrid, Libertarias.
- Revuelta Guerrero, Rufina Clara (1990), “La imagen de la mujer a través de los sermonarios en la Alta Restauración”, en *Mujer y educación en España, 1868-1975: Actas de la Educación*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, pp. 281-290.
- Rubin, Gayle (1986), “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”, *Nueva Antropología*, VIII, 30, pp. 95-145.
- Sawa, Alejandro (1999), *Crimen legal*, ed. de Jean-Claude Mbarga, Madrid, Libertarias.
- Sole Romeo, Gloria (1990), *La instrucción de la mujer en la Restauración: la asociación para la enseñanza de la mujer*, Madrid, Universidad Complutense.
- Villanueva, Darío, Gonzalo Sobejano e Yván Lissorgues (2001), “Realismo literario y naturalismo español”, en Iris M. Zavala (ed.), *Romanticismo y Realismo. Suplemento*, Barcelona, Crítica, t. V/I., pp. 264-271.
- VV.AA. (1988), *Causas de la prostitución y estrategias contra el proxenetismo*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- Woolf, Virginia (2005), *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral.